



27

BALZAC.

LA COMEDIA
HUMANA

la Casa del gato
QUE PELOTEA

1

PQ2167
.M25
S6



1020016562

84-3-6

LA CASA DEL GATO QUE PELOTEA

Núm. Clas. N
Núm. Autor 61982
Núm. Adg. 30885
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catálogo 64

OBRAS DE H. DE BALZAC

El diputado de Arcis.	Un tomo
El médico rural.	Un tomo
El cura de aldea.	Un tomo
Los aldeanos.	Un tomo
Úrsula Mirouet.	Un tomo
Los chuanes.	Un tomo
Petrilla.—El cura de Tours.	Un tomo
Eugenia Grandet.	Un tomo
La piel de zapa.	Un tomo
La investigación de lo absoluto.—Jesucristo en Flandes.— Melmoth reconciliado.—La obra maestra desconocida.	Un tomo
La musa del departamento.—El ilustre Gaudissart.	Un tomo
Fisiología del matrimonio.	Un tomo
Disgustillos de la vida conyugal.	Un tomo
El hijo maldito.—Gambara.—Massimilla Doni.	Un tomo
El hogar de un soltero.	Un tomo
El contrato de matrimonio.—Un debut en la vida	Un tomo
Una hija de Eva.—Memorias de dos jóvenes casadas.	Un tomo
El Padre Goriot.	Un tomo
Módesta Miñón.	Un tomo
El lirio en el valle.	Un tomo
César Birotteau.	Un tomo
Los Maranas.—Adiós.—El quinto.—El verdugo.—Un drama á orillas del mar.—La posada roja.—El elixir de larga vida.—Maese Cornelio.	Un tomo
Catalina de Médicis.	Un tomo
El reverso de la Historia contemporánea.—Z. Marca.	Un tomo
La casa Nucingea.—Los secretos de la princesa de Cadi- ñán.—Los empleados.—Sarrasine.—Facino Canc.	Un tomo
Las rivalidades: La solterona.—El gabinete de los anti- guos.	Un tomo
Luis Lambert.—Los desterrados.—Serafita.	Un tomo
La prima Bel.	Un tomo
Historia de los Trece.	Un tomo
El primo Pons.	Un tomo
La misa del ateo.—Honorina.—El coronel Chabert.—La in- terdicción.—Pedro Grassou.	Un tomo
Un asunto tenebroso.—Un episodio bajo el Terror.	Un tomo
La casa del Gato que pelotea.—El baile de Sceaux.—La Bolsa.—La Vendetta.—La señora Firmiani.—Doble fa- milia.	Un tomo

LA COMEDIA HUMANA

(ESCENAS DE LA VIDA PRIVADA)

LA CASA DEL GATO QUE PELOTEA

El baile de Sceaux.—La Bolsa.—La Vendetta
La señora Firmiani.—Doble familia

FOR

ACERVO DE LITERATUR

H. DE BALZAC

Volumen 1^o

114833



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO



LUIS TASSO, EDITOR

CALLE ARCO DEL TEATRO, NÚM. 21 Y

BARCELONA

30885

PQ 2167

.1125

56



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DEL EDITOR

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO REYES"
FUNDADA EN 1825 MONTERREY, MEXICO

PREFACIO

Me parece justo explicar el pensamiento que ha presidido á la obra emprendida quince años atrás con el título de *La comedia humana*, y conveniente exponer el plan que me propuse para su desarrollo, y hasta cuál fué el origen, procurando hablar de todo ello como si no estuviese yo interesado en la labor. Esto no es cosa tan difícil como pudiera creerse. El escribir pocas obras suele halagar el amor propio de quien las produce, pero es indudable que el trabajo excesivo hace á uno infinitamente modesto. No hay más que fijarse bien en esta observación para comprender por qué repasaban prolijamente sus escritos Corneille, Moliere y otros autores insignes, y no es corto triunfo imitarles en tan noble sentimiento, ya que no sea posible volar tan alto como ellos por la esfera de las concepciones.

La idea de componer *La comedia humana* tocó al pronto en mi espíritu como un sueño, como si fuese proyecto de imposible realización, que no se madura y que se abandona; parecíase mucho á esas caprichosas fantasías que nos sonríen, mostrándonos su rostro, y que despliegan al punto sus alas remontándose á un cielo engañoso, ideal. Pero las ilusiones, como muchos otros engendros fantásticos, suelen cambiarse en realidades, y entonces son sus órdenes tan imperiosas y tiránicas, que no hay otro remedio que ceder.

La idea provino de cierta comparación que hice entre la humanidad y la existencia animal.

Equivocados andan quienes crean que la vehemente disputa entablada durante estos últimos tiempos entre Cuvier y Geoffroi Saint-Hilaire, se basaba en una innovación científica. La *unidad en la naturaleza humana* preocupaba ya á los más notables de los dos siglos precedentes. Leyendo las extraordinarias obras de los escritores místicos que han estudiado la ciencia en sus relaciones con lo infinito, tales como Swedenborg, Saint-Martin, etc., y los trabajos de los más ilustres naturalistas, por ejemplo Leibnitz, Buffon, Carlos Bonnet y otros, se descubre en la teoría del ser simple de Leibnitz, en las moléculas orgánicas de Buffon, en la fuerza de crecimiento de Needham, en la *afinidad* de las partes similares de Carlos Bonnet, que era demasiado atrevido para escribir en 1760 que *el animal vegeta como la planta*; se descubren, digo, los rudimentos de la hermosa ley: *cada cual para sí*, en que se funda la *unidad de composición*. No hay más que un animal. El creador sólo se ha servido de un tipo único para todos los seres organizados. El animal es un principio que adquiere su forma exterior, ó, mejor dicho, las diferencias de su forma en el medio ambiente en que está llamado á desarrollarse. De dichas diferencias materiales resultan las especies zoológicas. El haber proclamado y defendido tal sistema, que, por otra parte, está en armonía con las ideas que privaban acerca del poder divino, honrará perdurablemente á Saint-Hilaire, vencedor de Cuvier en este punto de alta ciencia, y cuyo triunfo ha sido saludado en el último artículo que escribió el gran Gœthe.

Convencido del sistema mucho antes de que se entablaran las discusiones á que esto dió lugar, vi que en este orden la sociedad era muy semejante á la naturaleza. ¿No influye la sociedad en que sea el hombre, según el medio ambiente en que se produce ó vive, tan diverso como distintas son las variedades de la escala zoológica? Las diferencias que hay entre un soldado, un obrero, un empleado, un abogado, un ocioso, un sabio, un político, un comerciante, un marino, un poeta, un mendigo, un sacerdote, son, si bien de más difícil apreciación, tan importantes como las que separan al lobo, al león, al asno, al cuervo, al tiburón, á la oveja, etcétera. Existen, pues, y existirán mientras el mundo sea mundo, especies sociales como existen especies zoológicas. Y si Buffon ha prestado un gran servicio presentando en sus estudios el conjunto admirable de la zoología, ¿no se podía

hacer un estudio del mismo género respecto á la sociedad? Sólo que la naturaleza ha señalado para los animales, en lo que toca á su variedad, limitaciones que no ha señalado á la sociedad. Buffon pinta al león y necesita muy pocas frases para describir á la leona; mientras que, en la sociedad, no ocurre que la mujer sea siempre la hembra del varón. Es frecuente que en el interior de una casa estén distanciados dos seres. La esposa de un mercader resulta muchas veces digna de un príncipe, y á menudo se ve que la del príncipe no vale lo que la del rústico artesano. En las categorías sociales influye á veces el azar, y en la naturaleza no, puesto que allí obran á un tiempo la naturaleza y la sociedad. La descripción de las especies sociales es, por lo menos, doble que la que presentan las especies animales, y eso sin que consideremos más que los dos sexos en sí. Es evidente que entre los animales no abundan los episodios dramáticos, y que en sus relaciones no hay apenas confusión: todo se reduce á que se acosen ó persigan; también en los hombres; pero su inteligencia, más ó menos feliz, hace que la lucha sea algo complicada. Si algunos sabios no admiten aún que la existencia animal suba hasta el grado humano por una imponderable corriente vital, el tendero de comestibles puede llegar á ser par de Francia, y el noble se degrada á veces hasta confundirse con los individuos de las últimas capas sociales. Además, ya es sabido, como ha descubierto Buffon, cuán excesivamente sencilla es la vida entre los animales. No necesitan éstos de mobiliario, no se distinguen en las artes ni en las ciencias; mientras que el hombre tiende siempre á resellar su carácter ó su temperamento, de modo que hay un sello de sus hábitos y de sus ideas en todo lo que ajusta á sus necesidades físicas. Aunque Leuwenhœc, Swammerdam, Spallanzani, Reamur, Carlos Bonnet, Muller, Haller y otros pacientes zoógrafos hayan probado que son muy curiosas las costumbres de los animales, particularmente las de cada uno de ellos tienen poca importancia á nuestros ojos, y son muy parecidas en todo tiempo, en tanto que las inclinaciones, los vestidos, el lenguaje, la habitación misma de un príncipe, de un banquero, de un artista, de un provinciano, de un cura, de un pobre, no sólo son enteramente contrarios, sino que cambian según la corriente civilizadora.

Por lo tanto, la obra que á mí me intrigaba debía considerarse en su triple aspecto: los hombres, las mujeres y las

cosas, es decir, las personas y su forma exterior, en lo que se refiere á las ideas; en fin, el hombre y la vida.

Leyendo las secas y enfadosas nomenclaturas de hechos, llamadas *historias*, ¿quién no advirtió que los escritores han pasado por alto en todas partes, en Egipto como en Persia, en Grecia como en Roma, la historia de las costumbres? El fragmento en que Petronio habla de la vida privada de los romanos, irrita más bien que satisface nuestra curiosidad. Por haber notado tan inmensa laguna en el campo de la historia, consagró toda su existencia el abate Barthélemy á rehacer las costumbres de los griegos en *Anacharsis*.

Pero ¿cómo dar interés al drama de tres ó cuatro mil personas que presenta una sociedad cualquiera? ¿cómo halagar juntamente al poeta, al filósofo y á las masas para quienes la poesía y la filosofía han de ir encerradas en sorprendentes imágenes? Por más que yo concibiese la importancia y la belleza de la historia del corazón humano, no daba con el medio de su ejecución; pues los más célebres narradores habían agotado, hasta nuestra época, su talento en crear uno ó dos personajes típicos, en reflejar la vida por una de sus fases. Penetrado de esta idea, leí las obras de Walter Scott. Walter Scott, á quien puede considerarse como romancero moderno, imprimía entonces no sé qué carácter gigantesco á un género de composición que injustamente se tuvo por secundario. ¿No es mucho más difícil crearse un nombre con un Daphnis y Chloé, un Rolando, un Amadís, un Panurge, un Don Quijote, un Manon Lescaut, un Clarisa, un Lovelace, un Robinsón Crusoé, un Gil Blas, un Ossian, un Julia de Etanges, un Mi tío Tobías, un Werther, un René, un Corina, un Adolfo, un Pablo y Virginia, un Jeanie Dean, un Claverhouse, un Ivanhoé, un Manfredo, un Mignon, no es más difícil, digo, que no ordenar los hechos, poco más ó menos iguales en todas las naciones, apoderarse del espíritu de las leyes que han caído en desuso, resumir las teorías que extravían á los pueblos, ó, como hacen algunos metafísicos, explicar lo que es? Desde luego, casi todos esos personajes, cuya existencia es más dilatada y aun más auténtica que la de las generaciones en que se les coloca, no viven sino á condición de ser un gran reflejo del presente. Concebidos en las entrañas de su siglo, agítase todo el corazón humano bajo su envoltura, y hay en él frecuentemente todo un sistema de filosofía. Así, pues, Walter Scott daba el valor filosófico

que tiene la historia á la novela, género literario que cada siglo incrusta indestructibles é imperecederos diamantes en la corona poética de los países donde las letras se cultivan. Evocaba en sus obras al espíritu de la antigüedad; reunía en sus producciones el drama, el diálogo, el retrato, el paisaje, la descripción; utilizaba lo maravilloso y lo real, como elementos de la época, y vulgarizaba la poesía familiarizándola con el lenguaje más llano y sencillo. Pero como no ocurre precisamente que él hubiera imaginado una escuela, sino que dió con su carácter literario propio, ó por la fiebre de la inspiración ó por la lógica de su trabajo, no hubo de pensar en ir relacionando todas las partes entre sí para ofrecer un conjunto armónico, coordinando una historia completa de la cual cada capítulo fuese una novela y cada novela una época. Notando ese defecto de unidad, que, por otra parte, no rebaja la gran figura del escocés, columbré el método á propósito para emprender mi obra soñada y creí posible su realización. Aunque es cierto que me deslumbraba la fecundidad sorprendente de Walter Scott, siempre personalísimo, siempre original, no desesperaba de mis fuerzas, comprendiendo que tales virtudes de talento provenían de la infinita variedad de la humana naturaleza. No hay novelista más grande en el mundo que el azar; para ser fecundo no hay más que estudiarlo, perseguirlo. La sociedad francesa iba á ser el historiador, y yo su secretario. Inventariando los vicios y las virtudes, reuniendo hechos pasionales, describiendo caracteres, escogitando los acontecimientos principales de la sociedad, tomando para la creación de tipos los rasgos de varios caracteres homogéneos, era fácil que consiguiera yo escribir la historia olvidada por tantos historiadores: la de las costumbres. Con mucha paciencia y no menos valor, llegaría á Francia en el siglo xix el libro que todos echamos de menos; que ni Roma, ni Atenas, ni Tiro, ni Memphis, ni Persia, ni la India, nos han transmitido, por desgracia, á propósito de sus remotas civilizaciones, y que, siguiendo el ejemplo del abate Barthélemy, había ensayado de alcanzar el valeroso y paciente Monteil escarbando en las tradiciones de la edad media, si bien en forma poco sugestiva.

Y el trabajo en sí aun era lo de menos. Ateniéndose á la copia rigurosa de los originales observados, el escritor podía convertirse en pintor más ó menos afortunado, nimio y fiel

de tipos humanos, en cronista de los dramas que en la vida íntima se producen, en arqueólogo de la indumentaria social, en recopilador de las profesiones y oficios, en registrador del bien y del mal; pero para conquistar el aplauso que todo artista ambiciona, ¿no era preciso que me apoderase de los motivos, ó de la razón de esos efectos sociales, y sorprendiese la urdimbre oculta en la inmensa agrupación de figuras, de pasiones y de acontecimientos? Y después de haber buscado, no digo encontrado, semejante causa, este motor social, digámoslo así, ¿no era imprescindible meditar acerca de los principios naturales, y descubrir en qué se apartan las sociedades de la regla eterna, ó se ajustan á lo verdadero y á lo bello? A pesar de la extensión de las premisas que por sí solas pudieran llenar un libro, la obra, para ser completa, reclamaba una conclusión. Así pintada, a sociedad debía retener en sí misma, y no fuera de ella, la causa impulsora de su movimiento.

La fuerza del escritor, lo que le da carácter de tal, lo que —no temo decirlo—le hace igual ó acaso superior al estadista, está en que sepa resolver los conflictos humanos y abnegarse por los principios. Maquiavelo, Hobbes, Bossuet, Leibnitz, Kant, Montesquieu, representan la ciencia que los legisladores aplican. «Un escritor debe tener en moral, en filosofía y en política, opiniones invariables, y debe considerarse á sí propio como maestro de los hombres, pues los hombres no necesitan maestros si han de seguir dudando», ha dicho Bonald. Hace tiempo que ajusto mi conducta á estas sabias palabras, que son el código del escritor monárquico. Cuando quiera pillárseme en delito de contradicción, se verá claro que no se interpretó bien cualquier concepto irónico, ó que se ha desfigurado, con sañudo intento en contra mía, el lenguaje de uno de mis personajes, maniobra propia de los calumniadores. En cuanto á la causa íntima, al espíritu de esta obra, véase qué principios le sustentan.

El hombre no es ni bueno ni malo; nace con instintos y aptitudes; lejos de corromperle la sociedad, como ha pretendido Rousseau, le perfecciona, le hace mejor de lo que es; pero el amor al dinero desarrolla también sus malas inclinaciones. Siendo el cristianismo, y sobre todo el catolicismo, como he dicho en el *Médico rural*, un sistema completo de represión contra las tendencias depravadas del

hombre, viene á ser el elemento más grande para el orden social.

Observando atentamente el cuadro que presenta la sociedad, vaciada, por decirlo así, en moldes vivos, con todo el bagaje que le proporcionan el bien y el mal, resulta patente esta enseñanza: que si la idea ó la pasión (que es resumen de la fuerza combinada entre el pensar y el sentir) obran como elemento social, resultan también á veces elemento destructor. En este punto la existencia de las sociedades se parece á la existencia humana. No disfrutan de longevidad los pueblos sino moderando su acción vital. En que se confíe la enseñanza, ó mejor dicho, la educación á los institutos religiosos, estriba, pues, el gran principio moderador para los pueblos, único medio de conseguir que disminuya la fuerza del mal y aumente la del bien entre los hombres. El pensamiento, origen del bien y del mal, sólo puede ser imbuído, dominado y dirigido por la religión. La única religión verdadera es la cristiana (véase la carta escrita desde París en LOUIS LAMBERT (1), donde el joven filósofo místico explica, á propósito de la doctrina de Swedenborg, que sólo ha habido una religión única desde la creación del mundo). El cristianismo ha fundado los pueblos modernos: él los conservará. Esto afirma, sin duda, la necesidad del credo monárquico. El catolicismo y la realeza son dos principios que se identifican, y nada digo de los límites en que deben contenerse, gracias á ciertas formas de gobierno que les impide desarrollarse hasta dar en el extremo de lo absoluto, porque, es claro que un prefacio tan sucinto como debe serlo el presente, no puede convertirse en tratado político. No debo, pues, preocuparme aquí de las disensiones políticas ó religiosas que forman hoy la cuestión palpitante. Escribo iluminado por dos eternas verdades: la religión y la monarquía, tan necesarias y útiles como lo proclaman los mismos acontecimientos que se están desarrollando, y hacia las cuales debe conducir á nuestro pueblo todo escritor de buen sentido. Sin ser enemigo del sufragio, autoridad excelente para instituir la ley, rechazo la elección *considerada como único medio social*, y sobre todo adoleciendo de la pésima organización que entre nosotros tiene, pues no representa importantes minorías que velen por las ideas y por los intereses

(1) Edición de la biblioteca Charpentier.

de que se preocuparía la monarquía. Extendido el derecho electivo á todas las esferas, nos proporciona el gobierno por las masas, único que es irresponsable y donde la tiranía no reconoce límites, puesto que se llama *la ley*. De ahí que me fije yo en que la familia—no el individuo—constituye el verdadero fundamento de la sociedad, y á trueque de pasar plaza de retrógrado, me pongo en esta materia al lado de Bossuet y de Bonald, primero que contarme entre los innovadores. Como el sistema á que me refiero es el único recurso que hoy se nos ofrece, si yo recurriera á él por mi propia iniciativa, no por eso debería inferirse que entre mis ideas y mi conducta existía contradicción palmaria. Veamos un caso. Va un ingeniero y anuncia que tal puente está á pique de desplomarse, y que es peligroso para el tránsito ordinario, y no obstante pasa por él, cuando no encuentra otro camino que le conduzca á la ciudad. Napoleón adaptó con instinto maravilloso las condiciones del voto á la índole de nuestro pueblo. De ahí que resultaran hasta los diputados más insignificantes de su Cuerpo legislativo los oradores más célebres que han tenido las Cámaras de la Restauración. No ha habido Cortes que valiesen tanto comparando sus miembros uno por uno. El sistema electivo resulta, por tanto, el mejor. Es incontestable.

No faltará quien tome esta conclusión por alarde atrevido de soberbia; otros disputarán al novelista el derecho que tiene á ser historiador, fundándose en tan ingenuas declaraciones, y se le tomará en cuenta su doctrina política. Cumplo con mi deber, y no daré otra respuesta. La obra que he emprendido tendrá la longitud de una historia, y yo tenía que dar la razón de ella, que estaba aún oculta, de sus principios y de su moral.

Obligado á suprimir los prólogos publicados anteriormente para contestar á censuras de poca importancia, sólo haré aquí una observación.

Los escritores que se proponen un fin cualquiera, así fuese el de volver á las creencias del pasado por lo que tienen de inmutables, deben ir siempre de avanzada, despejando el terreno. Luego, cada cual aporta su piedra al edificio de las ideas, éste señala un abuso, aquél marca al traidor para que se le separe de la empresa, y el de más allá sufre que se le condene por inmoral. Este es uno de los reproches que no han escaseado nunca para el escritor ani-

moso, y que, por otra parte, es lo último á que se recurre cuando ya no se puede inventar ningún cargo contra el poeta. Cuando uno consigue ser exacto y justo en sus descripciones, cuando ha conseguido á fuerza de insomnios y de quemarse las cejas escribir la lengua más difícil del mundo, se le arroja el dicterio de inmoralidad á la cara. Sócrates fué inmoral; inmoral Jesucristo: ambos sufrieron persecución en nombre de las sociedades que trastocaban ó reformaban. En cuanto se quiere amonestacion, ya está dicha acusación en danza: recurso éste que emplean usualmente los partidos, pero que deshonra á quien lo utiliza. Lutero y Calvino sabían perfectamente lo que les iba en servirse de los intereses materiales perjudicados, á modo de escudo. Por eso y no por otra cosa consiguieron vivir.

Copiando escrupulosamente á la sociedad, presentándola dentro del círculo inmenso de sus tempestades, ocurre, y debía ocurrir, en efecto, que tal conjunto ofreciera más caracteres dañinos que beneficiosos, y que tal parte del cuadro representara un grupo culpable, y que la crítica lo tachase de inmoral sin tener en cuenta la moralidad que encerraba el otro lado del cuadro, destinada á formar un contraste perfecto. Como ignoraba la crítica el plan general, hube de perdonarla de buen grado, sobre todo desde el momento en que es imposible evitar á la crítica, como á los ojos, como á la lengua y como al juicio, que se ejerciten en sus propias funciones. Sobre eso hay que no ha llegado aún el tiempo en que pueda juzgáseme imparcialmente. Además, el autor que no sabe resistir las censuras, no debe escribir, como no debe ponerse en camino el viajero que sólo cuente con que los días estarán claros y serenos. Sobre este punto réstame advertir que hasta los moralistas más concienzudos dudan de que la sociedad pueda ofrecernos la balanza equilibrada de buenas y malas acciones, no obstante lo cual, encuéntrase en mi cuadro más personajes virtuosos que acreedores á la reprobación. Las acciones vituperables, las faltas, los crímenes, desde los más leves á los más graves, encuentran en él siempre el castigo, ora divino, ora humano, público ó secreto. He obrado algo mejor que los historiadores, porque, al fin y al cabo, como novelista tengo más libertad. Pasó Cromwell entre nosotros sin otro castigo que el que le infligía el pensador. Todavía se ha discutido eso

de escuela á escuela. El mismo Bossuet ha lisonjeado al gran regicida. El usurpador Guillermo de Orange, Hugo Capeto, otro usurpador también, mueren después de haber gozado una existencia que no turbaron más temores ni recelos que las de Enrique IV y Carlos I. Acabó la de Catalina II, como la de Federico de Prusia contra toda ley justa, juzgando á estos monarcas desde el doble punto de vista de la moral que rige para los particulares y para las testas coronadas, pues es indiscutible que para los reyes y para los gobernantes existe, según Napoleón, una moral estrecha y otra amplísima. Las *Escenas de la vida política* tienen su fundamento en esta notable reflexión. La historia, al revés de la novela, no tiende sus vuelos hacia el ideal hermoso. La historia es, y, si no lo es, debería serlo, fiel imagen de hechos reales, de lo que sucedió; mientras que *la novela debe ser imagen de un mundo mejor* que el que vemos, ha dicho la señora Necker, uno de los espíritus más sobresalientes del siglo próximo pasado. Pero la novela valdría poco si, dentro de la esfera de tan augusta mentira, no fuese exacta y veraz en los pormenores. Forzado á conformarse con los prejuicios de un país esencialmente hipócrita, Walter Scott no ha sido sincero, en lo que se refiere á la humanidad, en la descripción de la mujer, porque sus modelos eran cismáticos. La mujer protestante no tiene ideal ninguno. Puede ser casta, pura, virtuosísima; pero su amor nada expansivo, será tranquilo, símbolo de un deber que se cumple, y no otra cosa. Diríase que la virgen María ha enfriado el corazón de los sofistas que la desterraban del cielo, á ella y á todos sus tesoros de misericordia. En el protestantismo nada hay ya que anime á la mujer una vez consumada la falta; mientras que dentro de la comunión católica la esperanza de ser perdonada la convierte en sér sublime. De esto se deduce que no existe más que un tipo femenino para el escritor protestante, mientras que nosotros encontramos á la mujer renovada en cada situación distinta de su existencia. Si Walter Scott hubiese sido católico, si se hubiese propuesto describir exactamente las diferentes sociedades que se sucedieron en Escocia, es posible que el pintor de Effie y de Alicia (lãs dos figuras que se arrepintió, hacia la vejez, de haber dibujado) admitiera la lucha de las pasiones con sus faltas y sus castigos y con las florecientes virtudes que abona el arrepentimiento. Pasión es toda la humanidad, y

sin ella, las religiones, la historia, la novela, el arte, serían inútiles.

Viendo que yo reunía tantos hechos y que los pintaba tal como son, muchas personas han imaginado, sin razón ninguna, que yo pertenecía á la escuela materialista y sensualista, dos lados de un mismo sistema, el panteísmo. ¿Y quién dice que no podían y debían equivocarse? No creo en el progreso indefinido, por lo que á las sociedades respecta; creo, sí, en el progreso del hombre como individualidad. Los que tratan de distinguir en mis ideas el intento de considerar al hombre criatura finita y perecedera, se engañan de medio á medio. SÉRAPHITA, la doctrina puesta en acción del Bouddha cristiano, responde con harta elocuencia á una acusación que se ha echado á volar impremeditadamente.

He intentado popularizar, en ciertos fragmentos de esta larga obra, los hechos admirables, y aun puede decirse los prodigios de la electricidad que se convierte respecto del hombre en poder difícil de medir; pero ¿quiere explicárseme en qué, los fenómenos cerebrales y nerviosos, que demuestran la existencia de un nuevo mundo moral, destruyen las relaciones ciertas y necesarias que existen entre los mundos y Dios? ¿Cómo quedan alterados los dogmas católicos por este descubrimiento? Si, merced á experiencias incontestables, el pensamiento fuese clasificado algún día como uno de los fluidos que no se revelan más que por sus efectos á nuestra penetración, y cuya substancia escapa á nuestros sentidos agrandados por los medios que pone á su alcance la mecánica, ocurrirá con esto lo que ocurrió con la esfericidad de la tierra, observada por Cristóbal Colón, y con la rotación de que habló Galileo: que nuestro porvenir continuará siendo el mismo. El magnetismo animal, cuyos milagros conozco desde 1820; las hermosas investigaciones de Gall, que ha continuado los experimentos de Lavater; todos cuantos han buscado el pensamiento, como los ópticos la luz, cosas ambas muy parecidas, concluyen por ser místicos, como los discípulos del apóstol san Juan, ó por ser grandes pensadores á la manera de los que proclaman el mundo espiritual, esfera donde se descubren las relaciones que unen al hombre con su Dios.

Penetrando bien, conscientemente, en el sentido íntimo de mi obra, se reconocerá que concedo á los hechos continuos, cotidianos, ya ocultos, ya manifiestos; á los actos in-

dividuales de la existencia, á las causas y á los principios de la vida, concedo, repito, tanta importancia como hasta aquí han otorgado los historiadores á los acontecimientos públicos de las nacionalidades. La batalla íntima que riñe en un valle de la India la *señora de Mortsau* con la pasión, es quizás tan fuerte y grandiosa como la más sublime de las batallas conocidas (EL LIRIO EN EL VALLE). En la del guerrero inspira el valor el apasionamiento por la gloria, en la otra se trata del cielo. Los infortunios de los *Birroteau*, el sacerdote y el perfumista, son para mí las desventuras mismas de la humanidad. La *Fosseuse* (MÉDICO RURAL), y la *señora Graslín* (EL CURA DE ALDEA) son casi todo lo que se halla en la mujer. Y así sufrimos siempre. A mí me ha tocado hacer cien veces lo que sólo una vez ha hecho Richardson. Lovelace se nos presenta bajo mil formas distintas, pues la corrupción social toma los colores del medio ambiente en que se desarrolla. Por lo contrario, Clarisa, bella imagen de la virtud apasionada, ofrece líneas de pureza desesperante. Para crear muchas vírgenes, es preciso ser como Rafael. La literatura se halla quizás en esto más atrasada que el arte pictórico. Por tanto, bien puede permitírseme que cite cuantos caracteres irreprochables (en punto á virtud) se encuentran en los distintos volúmenes publicados de mi obra. Pierrette Lorraine, Ursula Mirouet, Constanza Birroteau, la Fosseuse, Eugenia Grandet, Margarita Claës, Paulina de Villenoix, la señora Julia, la señora de La Chanterie, Eva Chardon, la señorita de Esgrignon, la señora Firmiani, Agata Rouget, Renato de Maucombe, y en fin, muchas figuras secundarias, que no por tener menos relieve que las citadas, dejan de ofrecer al lector la práctica de las virtudes domésticas. José Lebas, Genestas, Benassis, el cura Bonnet, el médico Minoret, Pillerault, David Séchard, los dos Birroteau, el cura Chaperón, el juez Popinot, Bourgeat, los Sauviat, los Tascherón, y otros muchos no resuelven el difícil problema literario que consiste en hacer interesante un personaje virtuoso?

Entretenerse en describir dos ó tres mil figuras que, por este ó el otro concepto, llenan una época, pues tal número de tipos alcanza, en definitiva, cada generación, y vivirán en LA COMEDIA HUMANA, no era propósito baladí, ni tarea insignificante. Semejante variedad de caras y de caracteres, multitud así de existencias exigen no sólo cuadros enteros, sino, perdónese me la expresión, galerías. Obligaban tantas perso-

nas á naturales divisiones, conocidas ya, y que llevan en mi obra la clasificación siguiente: *Escenas de la vida privada, de provincia, parisiense, política, militar y campestre*. Encierran los seis libros todos los *Estudios de costumbres* que componen la historia general de la sociedad, la colección de todos sus hechos y sus gestos, como hubieran dicho nuestros antepasados. Los seis libros responden, por otra parte, al plan general. Tiene cada uno de ellos su sentido y su significación propia, y pinta una época de la vida humana. Repetiré ahora, aunque sucintamente, lo que escribió, después de haber estudiado mi idea, Félix Davin, joven de talento, arrebatado por una muerte prematura á las letras. Las *Escenas de la vida privada* representan la infancia, la adolescencia y sus defectos, como las *Escenas de la vida de provincia* estudian la edad en que bullen las pasiones, en que se apoderan del hombre los cálculos egoístas, los intereses y la ambición. Luego, las *Escenas de la vida parisiense* nos dan la pintura de los gustos, de los vicios y de los fingimientos que son característicos á las capitales, donde se encuentran á la vez el extremo bien y el extremo mal. Tienen color local cada una de estas tres partes: París y la provincia, puestas enfrente y formando una especie de antítesis social, han suministrado inmensos recursos para el logro del pensamiento que se persigue. Son los tipos resumen no sólo de la naturaleza de los hombres, sino de los principales acontecimientos humanos. Hay en el mundo situaciones comunes á todas las existencias, fases del ser que pudiéramos llamar típicas y que yo he procurado fijar con exactitud. También he hecho lo posible para dar idea de lo que son las diferentes comarcas en nuestro hermoso país. Mi obra tiene su geografía, como tiene su genealogía y sus familias, sus lugares y sus cosas, sus personas y sus hechos, y del mismo modo su heráldica, sus nobles y su clase media, sus artesanos y sus campesinos, sus políticos y sus petimetres, tontos, fatuos, su ejército, todo su mundo, en una palabra.

Habiendo agrupado en estos tres libros la vida social, quedaba el reflejo de los seres excepcionales, cuya existencia es á modo de resumen de los intereses de varios ó de todos, y que se hallan, hasta cierto punto, fuera de la ley común: corresponden á las *Escenas de la vida política*. Pero si estaba completo y concluido este vastísimo cuadro de la sociedad, ¿no era oportuno bosquejarlo además cuando pasa

por sus períodos de crisis violenta, cuando sale fuera de sus cauces pacíficos, ya impulsada por el instinto de defensa, ya impelida por las ambiciones de la conquista? Pues ese fué el origen de las *Escenas de la vida militar*, parte de mi obra, que no ha alcanzado aún la extensión de las demás, pero que será terminada en esta edición, á fin de que armonice con el conjunto, cuando yo le dé la última mano. Para postre, las *Escenas de la vida campestre* son á su modo la tarde de este interminable día, si se me permite llamar así al drama social. Resaltan en este libro los caracteres más puros, y se contiene en él la aplicación de los principios de orden, de política, de moralidad.

Tal es la base, rica en figuras, abundante en incidentes cómicos y trágicos, sobre que se levantan los *Estudios filosóficos*, segunda serie de la obra, donde no falta el medio ambiente en que se producen todos los efectos sociales, donde se pintan todas las conmociones y tempestades del pensamiento, y en que la primer obra, LA PIEL DE ZAPA, une en cierto modo los *Estudios de las costumbres* á los *Estudios filosóficos* con la trabazón ideada por una fantasía casi oriental en quien la vida se representa siempre como una lucha contra el principio de toda pasión.

Luego vendrán los *Estudios analíticos*, acerca de los cuales no quiero decir palabra, pues no se ha publicado más que uno solo, FISIOLÓGIA DEL MATRIMONIO.

Más tarde pienso publicar otras dos obras del mismo género: primero la PATOLOGÍA DE LA VIDA SOCIAL, después la ANATOMÍA DE LOS CUERPOS DESNUDOS y la MONOGRAFÍA DE LA VIRTUD.

Pensando en las dificultades que hay que vencer y lo inmenso de la empresa, es posible que se diga, haciendo coro á mis editores: «Que Dios prolongue tu vida». Sólo deseo que no me atormenten tanto los hombres y las circunstancias, como me viene ocurriendo desde que emprendí la terrible labor. Tengo en mi abono, y por ello doy gracias á Dios, que los espíritus de más talento de esta época, los caracteres más nobles y simpáticos, y amigos sinceros tan grandes en su vida privada como lo son aquéllos en la pública, me han estrechado la mano, diciéndome: «¡Valor!» ¡Y por qué no confesar que tales pruebas de afecto y que los testimonios que me ofrecieron en momentos distintos no pocas personas desconocidas, me sostuvieron en el curso de mi tra-

bajo, contra mi propia pereza unas veces y otras contra ataques injustos, contra la calumnia que me persiguió con harta frecuencia, contra el desmayo y la desilusión, y contra la esperanza demasiado ardiente cuyas expresiones suelen confundirse con las de una vanidad excesiva? Estaba resuelto á oponer cierta impassibilidad estoica á los ataques y á las injurias; pero como se me haya calumniado cobardemente en dos ocasiones, no he podido prescindir de la defensa. Si los partidarios de que se perdonen las injurias sienten que emplee yo mi habilidad en forma de esgrima literaria, no faltan también cristianos que entienden que vivimos en época en que no es cosa perdida el hacer notar cuánta generosidad encierra el callarse.

Lo grandioso de un plan que abraza á un tiempo la historia y la crítica de la sociedad, el análisis de sus defectos y la discusión de sus principios, me autoriza, según creo, á que lleve mi obra el título con que aparece hoy: *La comedia humana*. ¿Es presuntuoso? ¿Es justo? Cuando la obra esté terminada, el público juzgará.

París, julio 1842.